

# 1

BLAIRE

Las fotos llegaron a mi bandeja de entrada a las cinco y treinta y siete. Era un correo con el asunto «*URGENTE: Para revisión. Grant Chandler Jr.*».

Ni siquiera pestañeé. Era lo típico en mi día a día en la oficina del senador Monroe, donde mi trabajo como asistente de prensa consistía en pasar la mitad del tiempo apagando fuegos antes de que se extendieran por todo internet. Unos cuantos clics, unas cuantas mentiras cuidadosamente elaboradas y, para la hora de la cena, ya no había incendios y las posibilidades de reelección de mi padre estaban un poco más aseguradas.

Me había pasado cuatro años en Duke, sacándome la licenciatura en Marketing, y ahí estaba yo, como una simple recadera para arreglar los deslices y los líos políticos de mi padre. A mis profesores les habría encantado saber que su alumna estrella usaba su talento para hacer desaparecer los escándalos antes de que llegaran a la página de actualidad.

Pero el nombre que aparecía en el encabezado del correo no era el de mi padre: era el de mi prometido.

Los Chandler llevaban financiando las campañas de mi padre desde antes de que yo me fuera a vivir con él; su fortuna, procedente de fondos de cobertura, les permitía comprar la influencia que garantizaba el bienestar de las dos familias. Hace cuatro años, mi padre me sentó junto a Grant en una gala benéfica. Yo estaba terminando mi último año en Duke, y los ojos de mi padre brillaban de aprobación cada vez que Grant se agachaba para susurrarme algo que me hacía reír.

Dos horas y tres copas de merlot más tarde, había confundido su atención calculada con encanto, y a la mañana siguiente, las rosas abarrotaban la entrada de mi pequeño apartamento con una nota que simplemente decía: «*¿Cena? Grant.*».

Ese «Sí» me condujo a llevar puesto un anillo de diamantes en el dedo durante los catorce últimos meses, y ahora faltaban poco más de cien días para la boda.

Abrí el correo y las imágenes se cargaron una a una. Primero vi a Grant, luego a su asistente, que estaba tumbada sobre su escritorio de caoba. Llevaba la blusa desabrochada y él tenía los dedos enredados en su cabello oscuro, mientras que con la otra mano le agarraba la falda, arrugando la costosa tela que yo le había elogiado el mes pasado. Había un deseo en sus ojos que nunca había visto en nuestro dormitorio.

A medida que iba desplazándome por la pantalla, aparecían más imágenes y cada una de ellas me cayó como un mazazo. Sentí un nudo en el estómago. Allí estaban, en el ascensor de un hotel de Washington D. C., y la fecha de la foto se burlaba de mí. La habían tomado quince días después de la fiesta de compromiso que mi padre había organizado para nosotros. En otra se les veía en un bar con poca luz. Grant llevaba un traje azul marino con una corbata azul claro que yo le había ayudado a anudarse la mañana del discurso de apertura. Ella tenía el muslo alrededor de su cadera, y la mano de él desaparecía bajo el dobladillo de su vestido.

Revisé las pruebas de su traición. En algunas estaban solos. En otras se intercambiaban caricias discretas en actos de campaña en los que yo estaba a tan solo unos metros de distancia, sonriendo a los donantes, mientras sus dedos se posaban en la cintura de ella.

La primera foto era de hacía trece meses, y la más reciente, de ayer por la tarde.

Se me nubló la vista mientras contemplaba las imágenes. Una risa procedente de la sala de redacción me hizo dar un respingo y mi mirada se posó en la foto enmarcada que tenía sobre el escritorio. Grant y yo estábamos en la gala benéfica del Hospital Infantil. La mano de Grant estaba en mi cadera, y me clavaba los dedos lo justo para recordarme que me mantuviera más erguida ante las cámaras. Yo había querido ponerme el vestido negro que había elegido el día anterior, pero él me había hecho llevar el de color lavanda que estaba colgado en nuestro armario cuando regresé del trabajo. «*Confía en mí*», me había dicho con voz firme.

Esperé la ira, las lágrimas, pero no llegaron ninguna de las dos cosas. Los dedos me temblaban sobre el teclado y sentí cómo la sala se movía y se estrechaba a mi alrededor. En ese momento, sentí

cómo se rompía ese hilo invisible que me ataba a esta vida, a las ambiciones de mi padre y a las manos posesivas de Grant.

En su ausencia llegó la oleada, el torrente, el nombre que había encerrado bajo llave hacía años.

Colt.

Me estremecí ante mis propios pensamientos. No. Ahora no. Él no. Lo había enterrado bajo años de cuidadosa compartimentación, lo había encerrado en el rincón más oscuro de mi corazón, donde debían estar las cosas peligrosas. Me había destrozado de una forma que la traición de Grant ni siquiera había podido igualar, y, sin embargo ahí estaba: el primer nombre al que acudía mi mente.

Esa contradicción me ponía enferma. Odarlo y, al mismo tiempo, sentir esa tortura de seguir deseándolo después de todos estos años. Me aterrorizaba lo que eso revelaba sobre quién era yo en realidad, bajo todas esas mentiras perfectas y relucientes con las que me había envuelto como si fueran una armadura cara que, de repente, parecía tan frágil como el papel.

Me levanté tan rápido que la silla chocó contra la pared y vi destellos en los bordes de mi campo de visión. Me zumbaban los oídos y me obligué a no volver a mirar aquellas fotos tan humillantes. Todos en la oficina iban a verlas muy pronto, y yo debería haber estado controlando los daños. Ese era mi trabajo, pero de repente me importaba un comino.

En lugar de eso, salí al pasillo y cerré la puerta de mi despacho tras de mí con un suave clic. El sonido de mis tacones retumbaba sobre las baldosas mientras avanzaba, de forma mecánica y decidida, con cada paso destinado a evitar que el pánico se apoderara de mí.

El pasillo fuera de mi oficina estaba lleno de carteles de campaña, y ese día las imágenes de mi padre me parecían centinelas que me observaban, silenciosos y expectantes. Intenté inspirar hondo, pero el aire se me atascó en la garganta y no salió.

Aceleré el paso, atravesé la sala de trabajo y esquivé a un grupo de becarios encorvados sobre sus portátiles. Alguien intentó llamar mi atención, pero pasé de largo, esbozando solo una sonrisa forzada que esperaba que se interpretara como una disculpa. El ascensor estaba tardando una eternidad, así que me metí en la escalera, agradecida por el silencio y por cómo los escalones obligaban a mi cuerpo a moverse.

Después de bajar tres tramos de escaleras, me detuve y me apoyé contra la pared de cemento, que estaba fría. El teléfono vibró en mi bolsillo

y lo saqué de un tirón, medio esperando un mensaje de Grant. Pero era el nombre de la asistente de mi padre el que aparecía en la pantalla.

*Judy: El senador Monroe desea que te reúnas con él en su despacho de inmediato.*

Me quedé mirando la pantalla como si todo mi futuro no acabara de derrumbarse.

Debería haber estado pensando en Grant. En su traición. En los años que había pasado suavizando sus asperezas, convenciéndome a mí misma de que estábamos enamorados, en lugar de ser dos personas que interpretaban unos papeles asignados en la estrategia de otra persona. Debería haber estado furiosa o, al menos, sentirme humillada. Pero al estar ahí, en aquella fría escalera, solo sentía un vacío que me desgarraba el pecho, un vacío voraz y familiar que no tenía nada que ver con Grant.

Esa revelación me hacía tanto daño como un moratón en el que hubiera clavado los dedos con demasiada fuerza, y se extendía desde el esternón por todo mi cuerpo, hasta que incluso las yemas de mis dedos estaban sensibles por culpa de la verdad que había pasado años negando. Mi cuerpo recordaba lo que mi mente se había esforzado tanto por olvidar: su pulgar recorriendo las pecas de mi clavícula, el agua del lago en sus pestañas al salir a la superficie a mi lado, la forma en que mi nombre sonaba como una plegaria cuando me lo susurraba contra el cuello al amanecer. Aborrecía la facilidad con la que habían regresado esos recuerdos, cómo seguían ardiendo bajo mi piel, mientras que la traición de Grant no era más que un corte de papel.

Me odiaba a mí misma por ello, por mirar las pruebas de la infidelidad de mi prometido y sentir solo cierto alivio entremezclado con vergüenza. Perder a Colt había dejado un vacío en mi interior que había llenado con bonitas mentiras con la aprobación de mi padre.

Iba a dar media vuelta hacia el despacho de mi padre, porque eso era lo que exigía el mensaje y lo que haría una hija obediente, pero mi cuerpo se rebeló. Mi mano se cerró sobre la barandilla, con los nudillos blancos contra la pintura desconchada, y alcé la vista hacia la escalera, hacia la espiral de hormigón sobre mi cabeza.

Entonces bajé la vista, sintiendo aún el zumbido en los oídos, y vi el letrero de salida que parpadeaba en rojo al pie de las escaleras, como

un desafío. Bajé y mis pasos retumbaron sobre los peldaños; cuanto más me alejaba de la oficina, más fácil me resultaba respirar. Mi cuerpo se movía más rápido que mis pensamientos, y eso me hacía sentir libre.

Para cuando llegué al último escalón, tenía las piernas entumecidas. No dudé en el rellano, ni siquiera pensé en qué iba a hacer a continuación. En lugar de eso, me precipité hacia la salida lateral, empujé la puerta de acero y me encontré en el estrecho callejón entre las oficinas del Senado de Monroe y el imponente cristal negro de Chandler & Chandler.

El sol caía entre los altos edificios, dorando los contornos de todo lo que tocaba y obligándome a protegerme los ojos. Cuando la puerta se cerró de golpe a mis espaldas, intenté respirar mientras contemplaba mi reflejo fragmentado en los oscuros cristales espejados del edificio de Grant. Hacía tres días, había cruzado esas mismas puertas con su sándwich favorito y una sonrisa, interpretando el papel de la prometida cariñosa ante un público formado por recepcionistas.

Debería haberme parado a pensar y haber llamado a mi padre. Debería haber hecho lo que me habían enseñado. Pero lo único que veía era la mano de Grant sobre el muslo de otra mujer, y recordé que su sonrisa siempre había sido calculadora. Durante cuatro años me había pulido a mí misma, había suavizado cualquier parte de mí que pudiera chocar con las normas de decoro o las expectativas. En ese instante, algo indómito y olvidado se agitaba bajo mis costillas, gritándome que fuera imprudente, aunque la voz de mi padre en mi cabeza enumeraba todas las formas en que eso podía echar a perder todo aquello por lo que había trabajado.

Sentía cómo me debatía entre la chica de espíritu libre que mi madre había criado y la mujer insulsa en la que mi padre me había convertido.

El edificio de Grant se estaba quedando vacío al caer la tarde. Hombres y mujeres con trajes a medida salían por las puertas giratorias, pero yo no bajé el ritmo. Ignoré las sonrisas corteses de los rostros conocidos. Algunas miradas se posaron en mí, demorándose quizás demasiado, y sentí un cosquilleo en la piel bajo su escrutinio. Esas sonrisas cómplices me revolviéron el estómago. ¿Acaso todos habían visto ya las fotos? O peor aún, ¿habían visto a Grant y a su asistente entrar y salir de su oficina durante meses mientras yo era la prometida que no se enteraba de nada?

Apreté las manos temblorosas contra la falda, estirando las arrugas que se habían marcado como pliegues permanentes. Las mejillas me ardían con cada latido del corazón, dejando un rubor que no podía ocultar, pero levanté la barbilla, enderecé los hombros y entré en el edificio de Grant antes de poder detenerme.

Pasé por el mostrador de seguridad y el guardia levantó la vista un instante, para luego apartarla. No hacía falta que comprobara mi identificación cuando la cara de mi padre aparecía en las vallas publicitarias y el nombre de mi prometido estaba grabado en el lateral del edificio. Fui hacia los ascensores y pulsé el botón de la planta ejecutiva, lo que dejó una marca en el latón pulido.

El trayecto hacia arriba fue vertiginoso. Todas las superficies del ascensor eran espejos, y en ellos se reflejaban tres mujeres diferentes. Estaba la hija del senador, con su traje caro y su postura perfecta, fruto de años de corrección. Luego, la prometida abandonada, con la ira ardiendo tras su barbilla temblorosa y los labios firmemente apretados, la que había aprendido a tragarse su voz.

Y luego estaba ella. La de los ojos muy abiertos y las mejillas sonrosadas, la que se parecía a mi madre. Quería gritarle, suplicarle que huyera, que luchara, que hiciera cualquier cosa.

Les había dejado matarla tan lentamente que ni siquiera me había dado cuenta de que se estaba muriendo.

El ascensor chirrió en algún lugar por encima de mí, el indicador de planta fue subiendo y crucé la mirada con mi madre en mi reflejo. Su descaro y su picardía brillaron allí por un instante, para luego desaparecer bajo la cuidadosa máscara de mi padre. Me toqué la cara, casi esperando sentir el calor de su luz radiante en mi piel, pero mis dedos solo encontraron la base de maquillaje húmeda por el sudor que me había aplicado esa mañana para cubrir mis pecas.

Mi madre no me habría reconocido.

Odiaba que mis pensamientos siguieran volviendo a Colt, preguntándome desesperadamente si él era la única persona capaz de ver más allá de lo que quedaba de mí.

¿Qué demonios me pasaba? Debería haber estado destrozada por lo de Grant en lugar de sentir ese traicionero alivio.

El ascensor se detuvo de golpe. Cerré los ojos durante una breve y temblorosa inspiración, y luego me sequé los ojos antes de que las lágrimas pudieran estropearme el rímel. Solo me permití derramar

una por la chica que solía ser, la chica a la que le habían enseñado que su valor dependía de hombres que nunca la habían amado de verdad.

Un suave tintineo anunció mi llegada y las puertas se abrieron para revelar una pared acristalada que enmarcaba el horizonte bañado por la puesta de sol. El resto del personal estaba sentado ante sus escritorios, guardando papeles en maletines y apagando ordenadores, evitando cuidadosamente mi mirada mientras me dirigía hacia la puerta de cristal esmerilado que me separaba del despacho de Grant.

Sin llamar, empujé la puerta para abrirla y las dos hojas se apartaron bruscamente la una de la otra. Su asistente me miró a los ojos mientras se estiraba la camisa con los dedos. Tenía manchas de rímel en las mejillas.

Grant se pasó los dedos por la corbata y esbozó su sonrisa ensayada.

—Blaire, cariño. ¿Qué haces aquí? —Su asistente se dio la vuelta y se puso a revisar unos papeles que había sobre su escritorio, pero me fijé en cómo le temblaban las manos. Casi sentí lástima por ella—. ¿No habíamos quedado para cenar? —Grant aceleró el ritmo de las frases; el final de una se superponía al principio de la siguiente, como si intentara adelantarse al silencio que yo había llevado conmigo. Dio un paso para rodear el escritorio y se colocó justo delante de mí.

—No finjas que no sabes que he visto las fotos. —Mi voz sonaba firme, pero me temblaban tanto las manos que tuve que clavarlas en las palmas para mantenerlas quietas—. ¿Cuánto tiempo lleva pasando esto?

Noté un espasmo en su mandíbula, pero mantuvo la máscara perfectamente en su sitio.

—Vamos, aquí no. —Intentó acortar la distancia entre nosotros, pero me aparté tan rápido que casi tiré de su estantería un trofeo de cristal que había ganado por su servicio a la comunidad—. No montes una escena —siseó, con la mandíbula tensa y la mirada clavada en la puerta abierta a mis espaldas.

La orden me golpeó como una bofetada, y los latidos de mi corazón retumbaron en mis oídos cuando la Blaire de corazón salvaje se abrió paso a zarpazos.

—¿Debería ir por ahí contando que te acuestas con tu asistente, Grant? —No reconocí mi propia voz, cómo se escuchaba en todo el despacho—. ¿Te vendría mejor eso?

Sus ojos se oscurecieron y enderezó los hombros.

—Deberíamos hablar de esto en casa. En privado.

Extendió la mano hacia mi codo, pero yo di un paso atrás.

—No.

—Blaire. —Pronunció mi nombre como si le hablara a un perro adiestrado, y yo retrocedí.

—No me toques —dije. Noté el temblor en mi voz, lo que solo me enfureció aún más, pero la expresión de Grant me indicó que mis palabras habían surtido el efecto deseado—. Nada de lo que digas cambiará lo que has hecho.

—Blaire —lo intentó de nuevo con más suavidad—. Tomémonos un momento para decidir cómo queremos llevar todo esto, ¿vale? Llamaré a tu padre...

—Por supuesto que sí —lo interrumpí—. Eres un puto cobarde, Grant.

Se estremeció. No lo suficiente como para que alguien más lo notara, pero yo llevaba cuatro años aprendiendo a interpretar los gestos de Grant Chandler. El tic en la mandíbula, ese destello en sus ojos cuando perdía la compostura. Reconocí la mirada de un hombre aco-rralado, y me emocionaba y me aterrorizaba a la vez ser yo quien lo había puesto en esa situación.

—Esta es mi oficina. Hay gente mirando —siseó, dándose la vuelta como si fuera a cerrar la puerta—. Seamos sensatos.

—Qué listo —ironicé, y la risa que se me escapó fue áspera y carente de humor—. ¿Dónde estaba tu inteligencia cuando follabas con ella encima de tu escritorio? ¿Pensabas que nadie se daría cuenta? ¿O creías que a mí no me importaría?

—No era mi intención que te enteraras así —respondió con calma—. Iba a decírtelo. Yo... solo buscaba el momento adecuado. Ya sabes cómo es tu padre. Lo importante que es esto para todos nosotros.

Apenas podía respirar al pensar en las ambiciones de mi padre, en mi propia vida perfectamente planificada y en el peso insuperable de ese «todos nosotros». Me dieron ganas de gritar.

—Mi padre. —Las palabras se me atascaron en la garganta y bajé la vista hasta el anillo que llevaba en el dedo; de repente, era como si el peso del diamante me aplastara todos los huesos de la mano.

—Sí, tu padre, Blaire —repitió, pronunciando cada palabra con lentitud, como si yo fuera demasiado tonta como para seguirle el hilo.

Se inclinó hacia mí, dejando de lado la máscara de preocupación para adoptar una expresión infinitamente más fría—. No te hagas la tonta, joder. Él se encargará de las fotos y nosotros resolveremos el resto.

—No hay nada que resolver. —Negué con la cabeza—. No voy a seguir con esto.

—¿Y a dónde coño vas a ir? —rio, y esas palabras me calaron con fuerza, más de lo que esperaba—. Vives en mi piso, Blaire. Trabajas para tu padre, cuya campaña está financiada por mi familia. La vida que llevas es gracias a mí, así que no te des esos aires de superioridad.

Me había acostumbrado a las palabras crueles de Grant, pero, de alguna manera, seguían hiriéndome como una navaja. Tenía razón, ¿no? Mi ropa colgaba en su armario, mi carrera dependía de la voluntad de mi padre e incluso mi anillo de compromiso había pasado de generación en generación en la familia de Grant. Pero yo también había construido esta vida. Me había sacrificado y me había adaptado para encajar en ella.

El teléfono de su escritorio sonó con fuerza y di un respingo. Su asistente se abalanzó sobre él; su voz sonaba como un zumbido lejano hasta que me tendió el auricular, con los ojos muy abiertos por el miedo.

—Señorita Monroe, es su padre.

Se me hizo un nudo en el estómago al pasar junto a Grant, y cogí el auricular con dedos torpes.

—Papá.

—Ven a mi despacho. Ahora mismo. —Su tono era tan mesurado y tan exasperantemente tranquilo que la rabia me inundó; apreté los dientes con tanta fuerza que me dolió la mandíbula.

—No. —La palabra escapó de mis labios sin querer y negué con la cabeza aunque él no pudiera verme—. No tienes derecho a pedirme que acepte todo esto. No voy a hacerlo, ni por ti ni por él.

—No seas tonta, Blaire. Grant cometió un error. Todos los hombres cometen errores. —La voz de mi padre se deslizó por el teléfono como veneno. Crucé la mirada con Grant, que estaba al otro lado de la estancia, y me sentí asfixiada por su actitud.

Me temblaron los dedos al tocar el anillo y lo giré una vez, dos veces, hasta que me llegó al nudillo. El diamante reflejaba la luz, hermoso y frío. Me lo quité de un tirón, haciendo una mueca de dolor al rozarme la piel, y luego pasé el dedo por la pálida marca que había

dejado. Apreté el metal contra la palma de la mano hasta que se me clavó en la carne y encontré consuelo en el dolor.

—Vete a la mierda, papá.

Colgué antes de poder oír la respuesta de mi padre, y el teléfono cayó con estrépito en la base.

Los ojos de Grant iban de mi cara al anillo, que todavía escondía en el puño. Pensé que iba a suplicarme, pero no lo hizo.

—No seas infantil —dijo. Intenté pasar a su lado, pero Grant se movió más rápido. Extendió la mano y me agarró del brazo por encima del codo. Me sujetó como si creyera que podía hacer retroceder el tiempo, como si el mundo fuera a reiniciarse si me quedaba quieta el tiempo suficiente. El calor de su palma me traspasaba la camisa, y recordé cada vez que me había tocado con delicadeza ante la cámara, cada vez que me había apretado el hombro en público, manteniéndome siempre pegada a su lado. Había confundido ese contacto con seguridad, pero en ese instante me parecía un cepo—. No te vas a ir hasta que lo hablemos. —Su voz se convirtió en un gruñido, grave y desagradable. Me pegó a él, y casi perdí el equilibrio.

Giré el brazo, intentando zafarme de él, pero me sujetó con más fuerza y me clavó el pulgar en la suave carne del interior de mi codo.

—Grant —susurró su asistente desde detrás de mí, pero él no le hizo caso.

—Me estás haciendo daño —jadeé, y esa vez me zafé de un tirón. Su rostro se quedó paralizado por la sorpresa, como si no pudiera creer que me atreviera a resistirme a él—. No vuelvas a ponerme las manos encima —dije, con una voz más firme que mi corazón descontrolado; el filo del diamante se clavaba en mi palma.

Hacía diez años, una noche que todavía hacía que me despertara sudando, me había plantado en el camino de grava de la casa de mi abuela y le había lanzado el collar de Colt a su pecho porque no podía hacer que me eligiera a mí.

Pero no fui capaz de lanzarle este anillo a Grant, no conseguí que me importara lo suficiente. Abrí los dedos, dejé que el anillo cayera al suelo y contemplé cómo rebotaba una vez antes de quedarse quieto.

Pensé que quizá iba a volver a agarrarme, pero se limitó a mirarme fijamente, con los labios apretados, mientras yo pasaba junto a él hacia el pasillo. Anduve como en trance, con el ruido de la sangre en los oídos tan fuerte que apenas oí a Grant llamándome.

Pero sus palabras y su risa desesperada y grave me persiguieron.  
—Volverás.

Me obligué a seguir avanzando y no me detuve hasta que pulsé el botón del ascensor una vez, y luego otra vez, con más fuerza. No quería pensar en lo que podía pasar si no me marchaba en ese mismo instante, si dejaba que la vieja inercia me llevara de nuevo hacia la familiar órbita controladora de Grant, de mi padre y de todos los planes que habían forjado a mi alrededor como una jaula de cristal.

Las puertas del ascensor se abrieron por fin y entré. Cuatro años de mi vida quedaban atrás. Seguridad, estatus, un futuro. Me apoyé contra la pared y evité mirar mi reflejo. Me temblaban las manos cuando saqué el móvil y marqué el número de mi abuela.

Contestó al tercer tono, con su voz tranquila y firme como siempre.

—Hola. —Abrí la boca, pero no salió nada más que un sonido ahogado, a medio camino entre un jadeo y un sollozo—. ¿Blaire? —preguntó, y pude oír el pánico en su voz, crepitando a través de la conexión—. ¿Qué pasa?

—¿Puedo volver a casa? —Esas palabras salieron a borbotones, crudas y torpes. Esperé a sentir la culpa, el torrente de remordimientos por haber echado por la borda todo lo que había construido, pero lo único que sentí fue un alivio abrumador y peligroso que me inundó el pecho como el primer aliento tras estar a punto de ahogarme.

—Siempre, cariño. —Sin preguntas, sin vacilaciones.

Pulsé el botón de la planta baja. El ascensor se precipitó hacia abajo y, con él, acudieron a mi mente imágenes de Colt: la curva de su mandíbula, sus curtidas yemas de los dedos, el peso de la crítica que iba a encontrar en su mirada. Se me oprimieron los pulmones al pensarlo. Iba a regresar al lugar del que había huido hacía una década, al lugar donde las palabras de Colt Calloway me habían arrancado de mis raíces, pero en ese instante esas mismas raíces me llamaban a casa.

## 2

BLAIRE

Una de las primeras cosas que me enseñó mi abuela fue que los hombres no valían nada.

Pensé en tatuarme esas mismas palabras en la frente, ya que, por alguna razón, seguía necesitando que me las recordaran.

En aquel entonces no la creí de verdad, ni tampoco lo hice cuando me dijo que algún día iba a regresar a casa.

No se opuso cuando hice las maletas a los diecisiete años, con lágrimas en los ojos y un fuego ardiendo en mis entrañas, persiguiendo la huida en la que solo creía una chica tonta y con el corazón roto. Tras meses de resistencia, finalmente cedí a las exigencias de mi padre de irme a vivir con él, y ella me vio marchar, con paso firme y seguro, mientras murmuraba: *«Ya encontrarás el camino de regreso cuando lo necesites»*.

Entonces me había reído, pero en ese momento no me ninguna hacía gracia, y menos al sentir el calor de Tennessee entrando por mis ventanas agrietadas, cargado del aroma de la madre selva y de recuerdos agrisados. Recuerdos que, por mucho que intentara olvidarlos, siempre acababan regresando a mi mente.

Me dolían los nudillos de tanto apretar el volante mientras mi coche tomaba las curvas de aquella carretera que podía haber recorrido con los ojos cerrados. Willow Grove siempre había sido un lugar muy tranquilo, apacible de alguna manera, y por lo que parecía, no había cambiado mucho.

Pero yo, desde luego, sí lo había hecho.

Tamborileaba en el volante con los dedos, con el peso de toda mi vida traqueteando en el asiento trasero dentro de dos maletas carísimas que mi padre me había regalado por mi compromiso.

Solo había pasado poco más de una semana desde que me había enterado de la infidelidad de Grant, pero ya había empaquetado mis cosas y presentado mi renuncia. Mi padre me había dicho que estaba

cometiendo un error, que estaba tomando decisiones emocionales imprudentes porque estaba dolida. Quizás fuera así, pero la ira me hacía sentir más limpia y segura de alguna manera. Había habido demasiadas ocasiones en las que había dejado que mi ira hacia él y hacia Grant se disolviera en perdón, pero en ese instante me aferraba a ella con fuerza, como para compensar todas las veces que me la había tragado.

Mi madre siempre me había dicho que era tan testaruda como la abuela June y que algún día eso iba a volverse en mi contra. Pero ojalá me hubiera aferrado más a eso para no sentirme tan perdida.

Cuando estaba con ellas, nunca había tenido que preguntarme dónde estaba mi sitio. Me habían hecho un hueco que me iba como anillo al dedo, y darme cuenta de que había cambiado esa seguridad por promesas vacías me provocaba un dolor punzante bajo las costillas.

La tentación de llamar a la abuela June y decirle que no pasaba nada me había estado atormentando cada hora de la última semana. Cuando por fin me había decidido, su «Hola, pequeña» me había dejado sin aliento. Había abierto la boca para suplicarle que me dijera qué hacer, pero luego la había vuelto a cerrar; de todos modos, June siempre había sabido leerme como un libro abierto. Llegaba a esas partes que ocultaba a todos los demás, incluso a mí misma.

Solté un suspiro, cansada pero resuelta, y me la imaginé sentada en la vieja silla de cocina, con el cable del teléfono enrollado en el dedo, como solía hacer. «*A veces hay que afrontar las consecuencias, aunque no sea lo que más te guste*», me había dicho; y yo, aunque me molestaba, me aferré a cómo ella había hecho que pareciera la decisión más sencilla del mundo, como si no fuera a regresar a un pueblo que no solo estaba plagado de recuerdos de mi madre, sino también de él.

Las ganas de preguntarle por Colt habían sido como un picor implacable bajo la piel, pero había rechinado los dientes y me había obligado a callar antes de que las palabras se me hubieran escapado. Porque preguntarle lo habría hecho real. Habría admitido que todavía pensaba en él, que aún podía sentirlo en las grietas que no lograba cerrar del todo, y que su voz seguía sonando en mi mente las noches en que bebía de más y me permitía recordar.

Habían pasado años desde que había pronunciado su nombre en voz alta por última vez, años desde que había escuchado el sonido

ronco y profundo de su risa o el susurro apacible de su voz en la oscuridad, pero mi cuerpo se negaba a olvidar.

Era imposible olvidar cómo nos habíamos enamorado tras años de amistad sin complicaciones, ni la forma en que me había tocado, como si se hubiera pasado toda la vida anhelándome. Pero lo que más me perseguía era cómo me había rechazado, cómo me había dicho que me fuera, con voz fría y tajante, cuando mi padre había ido a buscarme.

Me había dicho a mí misma que ya no me importaba. Que podía ser fuerte si nuestros caminos se cruzaban. Pero desde que había llamado a June, me había estado preparando para verlo, para la ira, para el dolor, para el niño que rondaba mis recuerdos y para el hombre en el que podía haberse convertido y al que ya no conocía.

Así que cuando el cartel del pueblo pasó ante mis ojos en un borrón, me quedé sin aliento sin previo aviso.

*«Bienvenida a Willow Grove. Población: demasiado pequeña».*

Tan pequeña que, al día siguiente, todo el mundo iba a estar enterado de mis asuntos y, para la hora del almuerzo, ya iban a tener una opinión al respecto. Iban a saber que había regresado tras años huyendo, sin nada que mostrar salvo un corazón destrozado y un compromiso cancelado.

Y Grant no iba a ser la única razón de los murmullos que iban a perseguirme. Ese pueblo tenía buena memoria. Todos sabían que ya estaba destrozada antes de marcharme, que ya era mercancía dañada cuando había aceptado el anillo de Grant.

No reduje la velocidad al llegar a la bifurcación. Si seguía a la derecha, llegaría a Main Street; por la izquierda, pasaría por el rancho Calloway, para luego llegar a casa de mi abuela. Puse el intermitente y giré a la izquierda.

No me permití mirar. Mantuve la vista en la carretera, pero ya sabía lo que había allí: la valla desgastada por años de tormentas y sol, los campos que parecían no tener fin y el destello del lago en la distancia.

Hectáreas de terreno que se habían forjado con sangre, sudor y generaciones de trabajo. Una tierra de la que Colt Calloway nunca se iba a marcharse. Intenté obligarme a olvidar lo que era sentirse amada en esa tierra, pero me resultaba imposible.

A lo lejos pastaba una manada de caballos, cuyas siluetas oscuras se movían lentamente por los campos. Se me hizo un nudo en el estómago al ver aquella imagen, que me traía demasiados recuerdos de él y de todos los veranos que habíamos pasado cabalgando. Los Calloway habían sido nuestros vecinos toda mi vida, así que conocía aquellas tierras tan bien como en su día conocía a Colt.

La casa de campo de June apareció tras la siguiente colina, enco-gida bajo robles centenarios y sauces llorones que eran más grandes de lo que recordaba, con las ramas a punto de tocar el suelo.

El viejo buzón se presentó ante mi vista con el nombre «*CATES*» aún pintado en el lateral con la caligrafía desigual de June, y una sonrisa se dibujó en mis labios mientras entraba por el largo camino de grava.

La casa no había cambiado nada. Cuatro mecedoras se alineaban en el porche que la rodeaba, aunque la madera se estaba decolorando y los cojines se habían aplastado hasta quedar planos. Unos enredos de campanillas de viento maltrechas colgaban de los aleros, tinti-neando con la brisa.

June ya estaba allí, esperando, apoyada en el marco de la puerta, y al verme se limpió las manos en el delantal que llevaba atado a su delgada cintura; tenía exactamente el mismo aspecto que recordaba. Su piel estaba bronceada por el sol, y su cabello gris lo llevaba reco-gido en dos largas trenzas, con aquellos rizos que le enmarcaban el rostro y que no conseguía domar del todo.

Me recibió con una cálida sonrisa, con las comisuras de los ojos arrugadas, y me saludó con la mano como si solo hubiera estado fuera esa tarde. Incluso desde el coche, pude ver cómo me miraba con una expresión firme y decidida, llena de la fuerza que nace de años de amar profundamente, soportar pérdidas y moldear el mundo que la rodeaba con sus propias manos.

Apagué el motor y dejé la puerta del coche entreabierta mientras cruzaba el patio lo más rápido que podía. La puerta mosquitera chi-rrió en señal de protesta cuando ella la empujó con la cadera para abrirla, y yo subí los escalones de dos en dos.

June me abrazó, y de repente volví a ser una niña delgada, des-calza, cubierta de tierra y agarrada a sus piernas mientras ella limpiaba fresas.

Olía a harina y a limones, y debajo de eso, había un ligero rastro de un día pasado con las manos en la tierra. Me quedé así todo el

tiempo que ella me dejó, hasta que se apartó, me enmarcó las mejillas con las manos y escudriñó hasta el último centímetro de mi rostro.

—Aquí está mi pequeña fresa. —Su voz era como miel caliente, pero percibí los hilos de preocupación entretejidos en sus palabras, donde creía que yo no iba a notarlos.

Solo tres personas me habían llamado así: mi madre, June y Colt, y durante mucho tiempo lo había odiado.

Pero ese día me hacía sentir en casa, y me aferré a la forma en que salía de sus labios.

—June. —Suspiré al pronunciar el nombre de mi abuela, que había empezado a usar cuando tenía doce años. Todavía recordaba el día en que me había venido la regla por primera vez y ella me había dicho que ya era una mujer. Y las mujeres, al parecer, la llamaban June. En aquel entonces me había sentido muy mayor, pero ya no me parecía en nada a la mujer que ella había criado. Puse mis manos sobre las suyas e intenté captar todos los cambios.

—Tengo veintiocho años. ¿No crees que ya he superado eso?

Sus ojos brillaban con picardía cuando se acercó y me revolvió suavemente el pelo, de un castaño rojizo más apagado que el fuego cobrizo que solía ser.

—Nunca serás demasiado mayor para ser mi pequeña fresa.

Por un momento, me permití creerlo, creer que podía encontrar el camino de regreso, que podía volver a ser la chica de antes, pero entonces mi teléfono vibró en el bolsillo. Lo ignoré, con expresión desdeñosa, como si esa vibración no me recorriera cada fibra del cuerpo hasta revolverme el estómago. Ya sabía quién era sin siquiera sacarlo de los vaqueros.

No quería saber nada de Raleigh, pero el peso de lo que había dejado atrás me arrastraba como una resaca. Tarde o temprano iba a tener que enfrentarme a todo: el compromiso roto, la traición de Grant y la decepción de mi padre. Pero aún no. Ya había cancelado la boda y enviado mi renuncia, pero la pelea iba a alcanzarme de todos modos. Mi padre y los Chandler siempre convertían un no en una negociación, pero allí, en el porche de June, quería fingir que podía empezar de nuevo.

—Si ya tengo edad para el bótox —murmuré, apartándome el pelo de la cara—, soy demasiado mayor para ese apodo.

—Sigues siendo tan terca como una mula —dijo, mirándome de arriba abajo, y yo hice lo mismo con ella. Las arrugas alrededor de sus ojos eran más profundas y había otras nuevas en las comisuras de la boca, prueba de una vida bien vivida y bien amada.

—Quizá incluso más. —Me encogí de hombros, tratando de contener el nudo que se me formaba en la garganta. Había estado fuera demasiado tiempo.

—Y aún más guapa. —Me observó, lenta y escrutadora, como si estuviera buscando la herida que sabía que ocultaba tras mi sonrisa.

—Estoy convencida de que, como abuela, la ley te obliga a decir eso —sonreí, y ella me dio un golpecito en el brazo.

—No —replicó ella, negando con la cabeza; se apartó lentamente de mí y se dirigió hacia los escalones que yo acababa de subir—. Hay gente que tiene nietos feos. Esa es la pura verdad. —Me hizo un gesto con la mano por encima del hombro para que la siguiera, pero no me esperó y bajó los escalones—. Tuve suerte de no tenerlos. No podría disimular.

—¡June! —exclamé, echando a andar tras ella.

—¿Qué? —Clavó en mí esos ojos color ámbar; estar con ella era como encontrar refugio en medio de una tormenta—. Es la verdad. Recemos todos para que tus bebés sean tan guapos como tú. Si no lo son, tendré que mentirles a las chicas de mi club de lectura, y ya sabes lo que opino de mentir. —La vieja madera crujió cuando se apoyó en la barandilla, pero seguía moviéndose con determinación, aunque fuera más lenta. Se detuvo en el último escalón y se volvió hacia mí—. ¿Y bien? ¿Vienes?

Algo se aflojó en mi pecho mientras la seguía; mis pies recordaron el camino antes de que mi mente pudiera ponerse al día.

—¿Adónde vamos...?

Entonces lo vi.

Se levantó lentamente, pasándose las manos por los vaqueros, con el sol reflejándose en el sudor de su nuca. El calor me inundó hasta tal punto que lo único en lo que pude concentrarme fue en el sonido de los latidos de mi corazón y en su imagen. Desplazó el peso de un pie a otro, moviéndose con la naturalidad y la seguridad de un hombre que dominaba cada centímetro del terreno bajo sus botas gastadas.

Parecía esculpido en mi memoria y, al mismo tiempo, era un desconocido.

Daba igual cuánto tiempo hubiera pasado ni cuánto hubiera cambiado: verlo fue como un puñetazo en el estómago. Me había ido. Me había ido porque él me lo había pedido, y él seguía ahí, trabajando en su rancho, justo al lado de la granja de mi abuela, como si no lo hubiera echado todo a perder.

Di un pequeño paso atrás, instintivamente, buscando algo a lo que agarrarme, buscando cualquier lugar al que ir que no fuera ese. Pero entonces él se volvió y me encontré con sus ojos de color marrón oscuro. Unos ojos que no pertenecían al chico que me había roto el corazón.

Pertenecían a su hermano.

—Hunter. —Su nombre se me escapó de los labios, y él me obsequió con una sonrisa tranquila y relajada que parecía iluminarle todo el rostro mientras se secaba el sudor de la frente.

—Vaya, vaya, vaya —dijo con tono burlón antes de apoyarse en la valla—. Mira a quién nos ha traído el gato.

Su parecido con Colt fue como un golpe físico.

Hunter era más alto que como lo recordaba, más corpulento, y sus hombros estiraban el algodón desgastado de su camiseta como nunca lo habían hecho los de su hermano. Los brazos y las piernas del hermano menor de Cole ya no eran larguiruchos, y su postura insegura había desaparecido por completo; en su lugar, tenía frente a mí un hombre de mandíbula marcada, pero la sonrisa que me dedicó por encima de la valla era exactamente como la recordaba. Una de las comisuras de su boca se levantaba más que la otra, y se le formaba un hoyuelo en la mejilla izquierda. Era la misma sonrisa con la que lo había visto conquistar a las chicas hasta hacerles temblar las rodillas, una sonrisa pícaro que prometía que iba a meterte en un lío.

Abrió de un tirón la verja que separaba las dos propiedades y las botas crujieron sobre la hierba.

—Estás genial, Blaire. —Ladeó la cabeza en mi dirección y me obligué a enderezarme.

—Cuidado, Hunter. Si me halagas demasiado, podría pensar que me has echado de menos.

Se rio, y ese sonido me recorrió por dentro. Ese profundo re-

tumbar era cálido y familiar, de una forma que me puso la piel de gallina, como una advertencia.

Se parecía demasiado a su hermano.

—No te equivocas. —Sus ojos me recorrieron de arriba abajo, como si estuviera haciendo inventario de los años transcurridos entre quien había sido y en quien me había convertido—. Todos te hemos echado de menos. Mi madre sigue preguntando por ti todo el tiempo.

No respondí. No pude.

Yo también los había echado de menos, por supuesto que sí. La familia de Colt me había hecho sentir en su día como si estuviera en mi hogar. Su madre había estado ahí para mí cuando había perdido a la mía, pero en ese momento no eran más que unos desconocidos.

—Hablando de tu madre, dile que la llamaré más tarde, cuando Blaire y yo nos hayamos puesto al día —comentó June mientras pasaba junto a él hacia mi coche—. Y haz algo útil y ven a cogerle las maletas.

Hunter se rio entre dientes, pero yo intervine rápidamente.

—No tienes por qué hacerlo. Puedo arreglármelas sola.

—No es ninguna molestia —respondió con un guiño, y se levantó el dobladillo de la camiseta para secarse la cara—. Así dejaré de pelearme un rato con esta maldita valla.

Le eché un vistazo a June mientras Hunter sacaba las maletas del asiento trasero como si no pesaran nada.

—No sé qué sería de mí sin los chicos Calloway. —June le dio una palmada en el hombro y yo aparté la mirada rápidamente—. Puedes dejarlas en el porche. Ya nos encargamos nosotras de subirlas.

—Sí, señora —respondió Hunter; pasó junto a nosotras y subió los escalones.

June me miraba con la seguridad engreída de alguien capaz de leerme los pensamientos como si fueran un libro abierto, y sus ojos brillaban con diversión.

—Ni se te ocurra —le advertí, señalándola con el dedo.

Solía sacar el tema de Colt constantemente después de que me fuera, y había vuelto a hacerlo cuando se había enterado de que estaba comprometida con un hombre al que ella calificaba de tan inútil como la pólvora mojada. Pero yo siempre cortaba las conversaciones sobre él. No quería saber nada de su vida. No podía soportarlo.

—No voy a abrir la boca —respondió ella, con un tono desenfadado y burlón, pero sin insistir. Me rodeó la cintura con el brazo y me acompañó a los escalones del porche—. Ya hablaremos más tarde —susurró, con un tono a medio camino entre el cariño y la advertencia.

Hunter se quedó junto a la puerta principal, con una maleta en cada mano, esperándonos.

—¿Seguro que no queréis que las suba?

—Ya es suficiente, Hunter —dijo June antes de abrir la puerta—. Te agradezco tu ayuda, guapo.

Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro y se le sonrojaron las mejillas.

—Es buena para mi ego, señorita June.

—Ese ego no necesita ayuda. —Puso los ojos en blanco—. Nunca la ha necesitado.

Hunter se rio entre dientes antes de dejar por fin las maletas en el suelo y agachar la cabeza.

—Si necesitas algo, avísame.

—Gracias, Hunter —logré decir antes de que entráramos en la casa.

Olía a viejas tablas de pino pulidas por décadas de pisadas, a fresas tan maduras que su dulzura flotaba densa en el aire y a un ligero rastro del perfume de June.

Olía exactamente como lo recordaba: como el hogar.

Doblamos la esquina hacia la cocina y allí había cestas rebosantes de fresas de colores vivos que se desbordaban sobre la mesa. A algunas les goteaba el jugo y formaban manchas oscuras y pegajosas, mientras que otras se habían arrugado como las víctimas olvidadas de una cosecha demasiado pesada para que una sola mujer pudiera gestionarla.

—Hemos estado muy ocupados por aquí. Nos falta personal —explicó June con naturalidad, mientras se limpiaba las manos en el delantal, aunque sus ojos no se apartaban de mí.

Se me hizo un nudo en la garganta con todas las cosas que podía decir, que debía decir, pero no conseguí articular palabra. En lugar de eso, me recogí el pelo con dedos temblorosos y agarré la cesta más cercana; el mimbre se me clavó en la palma de la mano.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté, echando un vistazo a la sala en busca de lo peor del desastre.

Me dedicó una sonrisa tierna, esa que solo estaba destinada a mí, la que solía curar las rodillas magulladas y sanarme el corazón roto, aunque ni siquiera la magia de June había podido hacer nada con la herida que Colt me había dejado.

—¿Por qué no deshaces las maletas y descansas un poco? Todo esto puede esperar.

Negué con la cabeza. Estaba demasiado ansiosa para quedarme quieta.

—Ya desharé las maletas más tarde. Quiero ayudar.

Señaló por la ventana de la cocina hacia las hileras de fresas, cuya pulpa rubí brillaba bajo el implacable sol de Tennessee.

—Tenemos que salvar lo que podamos antes de que el calor las convierta en puré. Mis peones están recogiendo todo lo que pueden, pero la cosecha ha sido abundante este año. —Le di un beso en la sien y mis labios rozaron los mechones de pelo plateado que se habían escapado de sus trenzas. Me dirigí a la puerta trasera. Las bisagras protestaron con un largo y chirriante gemido cuando salí—. Me alegro de que hayas vuelto, cariño. No importa qué te haya traído. Lo único que importa es que estés en casa.